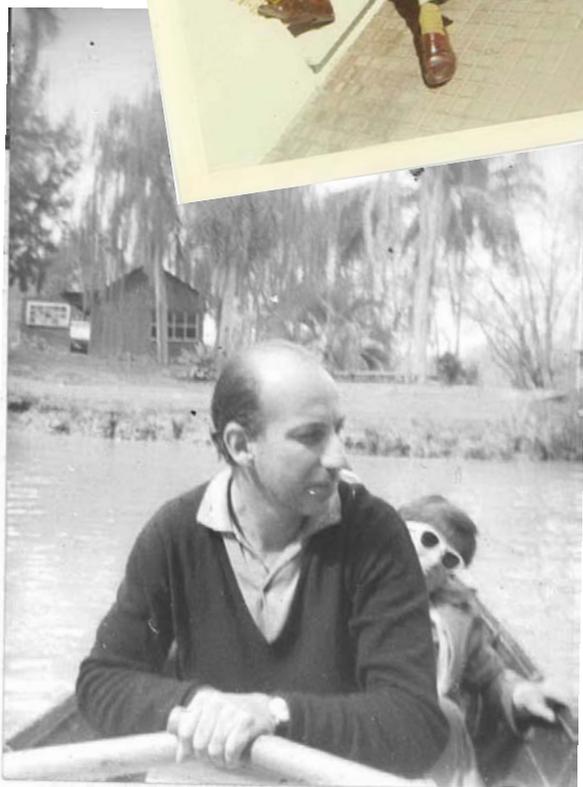


Haroldo Conti, escritor, periodista, viajero, náufrago



Con centenares de fotos, cartas y otros documentos que aportaron sus hijos Alejandra y Marcelo Conti, la Comisión Provincial por la Memoria montó la muestra “Como un león”, dedicada a este trabajador de la cultura desaparecido a manos de los militares del Proceso. Inaugurada en su ciudad natal, Chacabuco, se instaló luego en el Museo de Arte y Memoria de La Plata. Además, dos versiones itinerantes se encuentran disponibles para las escuelas e instituciones que las soliciten. Se trata de una manera de hacerlo regresar a los caminos que tanto quiso y de una oportunidad especial para acercarse a su vida y a su obra. Escriben Aníbal Ford y Mario Goloboff.

De mascarones y proas

Por Mario Goloboff

La obra de Haroldo Conti es de una gran importancia para la literatura argentina y latinoamericana. Desde una de las mejores novelas que a mi juicio se han escrito aquí, *Sudeste*, pasando por los cuentos de *Todos los veranos*, la novelas *Alrededor de la jaula* y *En vida* (que recibió el premio Barral en 1971), los relatos de *La balada del Álamo Carolina*, hasta la novela *Mascaró el cazador americano*, Premio Casa de las Américas en 1975, su obra se caracteriza

por una gran homogeneidad y una considerable densidad.

Yo, lamentablemente, no tuve relaciones personales con Haroldo Conti. Fue, sí, jurado en un concurso de cuentos de la revista *Microcrítica*, en el que participé cuando era bastante joven, y en el que me concedieron una mención, según recuerdo. Es posible que, luego, me haya cruzado con él en alguna librería o café, pero nada más. Ni siquiera tuve la suerte de tratarlo luego de publicar un largo trabajo sobre su obra literaria en la revista *Nuevos Aires (Haroldo Conti y el padecimiento de la máscara)*, y cuyo anticipo apareció en *La Opinión* a fines del 72, puesto que poco después me fui. Supe de su secuestro estando en Francia, nos preocupamos y conversamos mucho de él con Augusto Roa Bastos, mi ocasional compañero en Toulouse, y con otros exiliados, haciendo lo que se podía para denunciar el atropello y reclamar su libertad. No obstante esa falta de trato personal, por lo que sé de su vida, por lo que cuentan quienes lo conocieron de cerca, me parece que, de las escrituras con las que tuve contacto, la suya es una de las más parecidas al hombre que la hizo. No suele ocurrir (más bien, sucede lo contrario) y, por eso me llamó y me sigue llamando la atención.

El río, las islas, el viento, el barro, los botes, las lanchas, el barco, el transcurso casi imperceptible del invierno y del verano, las horas muertas como los peces moribundos, y la pasividad de los seres: toda esa quietud que rodea y contiene la vida, admite apenas un le-





ve movimiento de tiempo que se repite, que no surca, que no avanza, pero que deja huellas. Desde *Sudeste*, su primera novela, siempre sería así en los relatos de Haroldo Conti.

El moroso desenvolvimiento de sus narraciones, la humildad del tono, su anunciada falta de originalidad y de grandeza temática en historias que, como escribe en *En vida, no significan un carajo para nadie*, que son *un montoncito de verdadera tristeza*, muestran un modo muy especial de aproximación a la materia narrativa. Una insatisfacción que acompaña las idas y vueltas de héroes cuyas vidas no son heroicas, ni ejemplares, ni típicas, ni siquiera importantes: hombres que no tienen nada que contar, como no sea la historia de algún otro; tipos que pueden cruzar la calle o

no, torcer para cualquier lado; gente que *va y viene en un tiempo que jamás se consume*. Un tiempo casi sin presente, que sólo vive desde el futuro de la memoria. Ella es quien mana el presente: *Fue un lindo tiempo, si se quiere, sólo que estaba destinado a terminar. Todo tiempo está destinado a terminar, naturalmente, y el principio de uno no es más que el término de otro. Pero en éste resultaba tan claro que parecía un recuerdo desde el mismo principio (Alrededor de la jaula)*. La falta de certidumbre lleva a la memoria errátil, como a un campo de producción de una escritura pre-representativa. ¿Qué es, qué son, si no, ese espacio lunar, y esa luna presente, y ese barro, en *Sudeste*? Origen inapresable, presente sin datos, futuro contingente: se hace necesario recobrar un tiempo también incontaminado en un espacio restituyente.

Es esta narrativa esencialista la que siempre me conmovió, esa monotonía, esa persecución de lo fundamental, del ser y no del tener: los seres despojados de todo (el Oreste de *En vida*; igualmente, Milo y el viejo, en *Alrededor de la jaula*), personas que están frente a la naturaleza y al mundo y a las cosas y a los otros seres, como desnudos, como desahuciados. Una escritura, sin duda también desahuciada, pobre, con la riqueza de lo pobre, de lo trabajado hasta pelarlo, para quitarle todo lo accesorio y dejar sólo lo sustantivo, lo inmanente. Siendo que *el lujo, el atavío y la disipación no son significantes que sobrevengan aquí o allá, son los perjuicios del significante o del representante mismo*, me preguntaba con Derrida cuál sería *el agua*, cuál *el barro* y cuál *la noche*, cuál la sustancia de estos signos. No parece absurdo pensar que tan radical poética buscó las respuestas, quizás cerrando la parábola, en un libro como *Mascaró el cazador americano*, la última novela del escritor, tan premonitoria inclusive de su propio destino. Aquí, en esta fantasía donde los mascarones ya no son sólo máscaras sino proas y guías, la inmersión en un sueño que se quiere colectivo parece anunciar el movimiento de recuperación, aquel por el que la palabra sería de todos.

(texto leído en el homenaje que la Sociedad de escritores argentinos le tributó a Haroldo Conti el 29 de mayo de 2006 en la Biblioteca Nacional).

Mario Goloboff es autor de las novelas *Caballos por el fondo de los ojos*, *Criador de palomas*, *La luna que cae* y *El soñador de Smith*. Vivió durante dos décadas en Francia, donde enseñó literatura en diversas universidades. Actualmente es titular de la cátedra de literatura argentina en la Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado estudios críticos sobre Arlt, Cortázar y Borges. Su libro más reciente es el volumen de cuentos *La pasión según San Martín* (2005). Se interesó tempranamente en la obra de Haroldo Conti, de la cual fue dando testimonio en diversas publicaciones. Su texto *Concentración y expansión de núcleos poéticos en Sudeste* fue incluido en la edición crítica de esa novela (Barcelona 1998), a cargo de Eduardo Romano.

Haroldo y las aletas de tiburón

Por Aníbal Ford



En el camino: Haroldo Conti y Aníbal Ford.

1
La figura de Haroldo se me volvió fuerte durante estos años. En situaciones amargas, despiadadas, jodidas. Eran imágenes. Haroldo frente a la parrilla que tenía en la terraza de la calle Fitz-Roy, ahí donde se lo chuparon; frente a una gran parrilla repleta de chinchulines. Mirando tiernamente cómo crepitaban las achuras y agarrándose la busarda con las dos manos. Desde ahí, desde esa terraza, veíamos a veces en las tardecitas de ese denso verano del '76, un espectáculo casi atemporal: la vuelta de los mateos de Palermo, al trote desganado, rumbo al corralón de la calle Bonpland. Ahí también comenzamos a razonar el negocio de la aleta. Negocio que ya nunca podrá realizarse.

2
Después de la desaparición de Haroldo, el asunto de la aleta de tiburón se me fue transformando en un oscuro punto de referencia, pertinaz y recurrente. Cada vez que desde el ochenta para acá, aparecía alguien pidiéndome que participara en algún proyecto "tipo" *Crisis* o que testimoniara sobre la revista, yo paraba el asunto: eran otros tiempos y otras necesidades culturales. Pero de cualquier manera se me movían los tantos. Y aparecía Haroldo. Y no en la redacción de *Crisis* sino durante el viaje de la aleta. Su último viaje atorrante. Lo veo, yendo al sur, en una parada en Sierra de la Ventana sentado en la puerta trasera de la pick-up, desenvolviendo con cuidado un paquete y diciendo con cariño:

—Mira el queso de chancho que me traje de Chacabuco. Me lo preparó la vieja.

3
Todas las tardes de mayo, de junio del '76, venía la madre de Haroldo, doña Petronila, a la redacción de *Crisis*. Nos miraba a los ojos, nos agarraba las manos, nos preguntaba: *Decime, ¿dónde está mi Haroldo? Decime, ¿qué hicieron con mi Haroldo?* Ella no sabía que comenzaba a transitar el más duro de todos los caminos: el de la muerte de un hijo sin fecha, sin lugar, sin nombre.

4

Dice Haroldo:

Mi madre abre la hornalla y echa una leña. Su cara se enciende con un color rojizo, como los árboles del atardecer, como el álamo que amó mi padre. Sus manos se iluminan hasta el blanco, de un lado, y se oscurecen del otro. Su piel está algo más arrugada, cubierta de grandes pecas marrones. Mi madre ha envejecido otro poco este invierno. Yo lo veo en sus manos porque su cara sigue siempre la misma para mí. El fuego de la hornalla se la arrebató, inflama el borde de sus pelos y mi madre sonrío. Me sonrío a mí que en estos momentos, a doscientos kilómetros de mi casa, pienso en ella al lado de la continua No. 2. Su rostro se enciende y se apaga como una lámpara en el inmenso galpón entre bobinas de papel y cilindros relucientes, contra la guía puente que se desplaza con lentitud sobre nuestras cabezas, mi madre, alta lámpara perpetuamente encendida en mi noche, mi madre.

5

Fue Haroldo, hacia mediados del '75, el que planteó el negocio, junto con un amigo venido de La Paloma, del mundo de Mascaró.

Había descubierto que a los japoneses les gustaba mucho una comida preparada con las aletas del tiburón. Como aquí en los secaderos o en los lugares donde se industrializa el cazón, la aleta se tira, la idea de Haroldo era la de salir a relevar la costa, para ver si podíamos comprar dos o tres toneladas de aleta, enfardarla —el sistema de enfardado ya estaba listo— y exportarla a Japón. Se pagaba muy bien. Casi era una posibilidad de salir de la mishiadura que en esos años fuleros nos acosaba.

Y fue así que nos largamos a recorrer los puertos de Bahía Blanca para arriba. Salimos una madrugada, silenciosa y celeste, de la calle Fitz-Roy, rumbo al sur. Pocas veces lo vi tan contento a Haroldo, como sacándose esa tristeza, esa *andrajosa melancolía* que muchas veces lo acosaba. No había cosa que le gustara más que andar jodiendo por los caminos: meterse en el *suced* y en la incertidumbre y celebrarlo. Y se me viene Mascaró: *Todo sucede. La vida es un barco más o menos bonito. ¿De qué sirve sujetarlo? Va y va; ¿por qué digo esto? Porque lo mejor de la vida se gasta en seguridades. En puertos, abrigos y fuertes amarras. Y es un puro suceso, eso digo. ¿Eh, señor Mascaró? Por lo tanto conviene pasarla en celebraciones, livianito. Todo es una celebración. Alzó la jarra y bebió.*

6

Ahora veo el informe detallado sobre los puertos recorridos, sobre los sistemas de pesca o salazón puestos en práctica, sobre el uso posterior de los hígados, los cueros, la cola, las aletas...

Es de noche y hace un frío de la gran puta. Anduvimos tres horas tratando de ubicar un frigorífico cerca de Monte Hermoso. Yo filtrado de manejar, me quedo dormitando en la pick-up. Al rato, en medio de la oscuridad, reaparece Haroldo, puteando, casi indignado:

—Mira lo que hizo éste... Vendió las lanchas, dejó el mar y ahora se dedica a la exportación de liebre congelada a los alemanes... Te das cuenta cómo agarró la fácil... Claro, una cosa es cazar liebres y otra pelearle al mar... Lindo nos va a ir si todos en la costa hacen lo mismo... ¡Mira que vender liebre congelada!

Repaso las fotos, los diapos. Haroldo en la Sierra de la Ventana apoyado contra un cartel que dice *Peligro de derrumbe*. Haroldo en el puerto de Necochea, sobre el Quequén Grande, sentado sobre el sostén de las amarras. Detrás los silos y un gran barco rojo. Se lee el nombre: *Aldo Bari*; Haroldo meando en el camino mientras cargamos nafta con un tambor de doscientos litros que nos habían prestado para poder seguir porque había un paro; Haroldo en medio del saladero de Claromecó, apoyado en una de esas enormes barcas que cargadas de trasmallos salían a pelear la rompiente ayudadas por tractores y percherones. Me detengo en un diapo. En el fondo se ven las bochas, las anclas y más acá, como hablando para acá, como explicando a los giles, Haroldo, fuera de foco. Digo como

Haroldo Conti en el Puerto
de Necochea.



explicando porque Haroldo sabía del mar y de sus trabajos. Lo he visto cruzarse con baqueanos que al principio lo miraban como de afuera, desconfiados; que le tiraban preguntas cargadas. Pero Haroldo aguantaba, despacio iba mostrando sus cartitas, tranquilo, hasta que alguien de la rueda decía:

—Se ve que el hombre sabe...

Y ahí la cosa entraba en calor y se armaba la relación.

7

(Acotación: y no sólo del mar sabía Conti. Pertenece a un perfil de intelectual argentino en el cual juega un papel fundamental el trabajo primario, la habilidad, la invención, el pionerismo. Líneas antes, había elegido vislumbrar a la madre desde un depósito, entre cilindros, continuas y bobinas de papel, desde el trabajo. Esta relación con el trabajo -pienso en Quiroga, en Gudiño Kramer, en algún Dávalos, en Wernicke, en Arlt y en tantos otros- generalmente queda marginada en el análisis de la obra de estos escritores como si no constituyera un núcleo básico, central tanto de ellos como de nuestra cultura; como si se escapara que ellos, más que marginados, son los emergentes de un sector social industrial y aventurero, siempre en crisis, siempre caído en el fracaso a raíz del peso estructurador de la Argentina agropecuaria, o de la Argentina portuaria y comercial. O, lo que es peor, de sus correspondientes lucubraciones culturales).

8

Vuelvo. Leo la fecha del informe sobre el viaje y veo que lo realizamos poco después de las amenazas de las tres AAA a *Crisis*. En esos duros días, Haroldo había estado firme junto a nosotros. Lo veo moviéndose en la redacción, buscando apoyo, juntando firmas. Como Fermín Chávez, como muchos otros, era de fierro en los momentos difíciles. Y me veo a mí, que me había tocado recibir el ultimátum, metiéndole con Eduardo para que saliera la revista, para no achicarnos, y hasta contestando a las AAA en el articulito sobre la muerte de Fiorentino... Sin embargo, poco después andábamos jodiendo por Bahía Blanca, por Monte Hermoso, por Necochea, por Claromecó, intentando levantar cabeza con el curro de la aleta. ¿Qué andábamos buscando? ¿Detrás de qué iba Haroldo?

Haroldo estaba claro o jugado en su compromiso político, sobre el cual no voy a hablar porque ahí hondas diferencias nos separaban. Además, ni sé, ni me corresponde, y menos aquí. Sí, en cambio, me corresponde detenerme en búsquedas, en planteos, en problemáticas de Haroldo que son, desde mi punto de vista, eminentemente políticas y que no quisiera que se confundieran con lo puramente literario. Porque detrás de la salida a los caminos, de su relación con la gente, de su manera de ver al hombre y a sus trabajos, de explorar sus memorias, creencias, recuerdos y sueños, subyace una propuesta, una concepción humanista de fondo que trasciende su literatura y a la vez la hace trascender. Esa posición persistió en él hasta el final. Está clara en sus últimos libros.

Me vuelvo y repaso viejas declaraciones de Haroldo. Por ejemplo: “Personalmente tengo una posición tomada no sólo en el terreno político (algunos limitan el compromiso a eso y se olvidan del resto del hombre) sino en todo lo que importa una decisión moral”. O si no, ésta: “Libertad... aquella reserva de indeterminación e imprevisibilidad que alienta en el hombre cuyo contenido y significación podrá otorgárselo él solo...” O si no: “Son tantos los cabos sueltos que uno no puede atarlos todos. Acepto inclusive la posibilidad de contradicciones, cosa que no me desmoraliza, porque no me preocupa la rigidez de mis posiciones mentales”.

Este manejo abierto de sus concepciones, repito, lo mantuvo hasta el final. Y creo que es el que lo encuadra en una visión mayor de la política. Más sabia. Decía un importante pensador argentino de los '70, injustamente olvidado, Oscar Varsavsky: “Resignarse a actuar sin tener seguridades en los resultados -decidir en situaciones de incertidumbre- parecería ser un ingrediente esencial de la madurez”. Se entiende: de la madurez política. Y Haroldo, sus últimos libros, *La balada del álamo Carolina*, *Mascaró*, tienen mucho que ver con esta visión abierta de lo político, no muy respetuosa de aprioris en el avance, en el conocimiento de la realidad; pero no por eso menos jugada.

Por eso la bronca de Haroldo cuando presentó su libro en Chacabuco y cayeron, en medio de la fiesta, algunos escritores de Buenos Aires que le criticaron su literatura —al uso de la crítica hiperideológica y anticultural de esos años— por subjetivista, mítico, marginal. La indignación de Haroldo fue grande: “¿Cómo me vienen a criticar mi libro en mi pueblo?”, decía, que era como decir ¿cómo no se dan cuenta de que estoy explorando identidades, memorias, saberes, relaciones que están en la base misma de la política? ¿Cómo no se dan cuenta de que ésta es mi casa, de que ésta es mi mesa, de que éstos son mis amigos, de que es imposible pensar lo político sin respetar estas relaciones elementales y básicas?

Por eso también su sabia flexibilidad ideológica. Recuerdo que una mañana cayó en la redacción, cuando Guillermo Gutiérrez estaba preparando un servicio sobre el Padre Castellani. Y se vino con una fotito de cuando era seminarista en el Metropolitano donde estaba el viejo peleador nacionalista.

—Dame que la ponga— le dije.

—No jodás, que después los muchachos me van a cargar.

Pero lo convencí. Y la foto salió con ese texto sobre el Padre Castellani que se tituló *Era nuestro adelantado*. Su último texto publicado en *Crisis*, en mayo del '76, justo cuando se lo llevaron. Ahí Haroldo rendía homenaje a Hernán Benítez, aquel cura, confesor de Evita, crítico de la cultura oligárquica y que hacia los años '50 planteara en la Argentina una de las primeras definiciones fuertes de la cultura como solidaridad. Y también a Castellani, en quien reconocía una de sus primeras influencias:

“Creo que lo que más me llegó fue su estilo (...) porque por primera vez observé que se podía expresar cualquier cosa en un lenguaje argentino. Imagínense ustedes citar a Culacciati y al vigilante de la esquina en un trabajo sobre Kant e incluso encontrar en ese mismo trabajo frases como ésta: *¡Huá tigre viejo grandote potí!*”

¡Qué cruce entre Haroldo y Castellani! Qué se iba a imaginar Haroldo que pocos días después sería el Padre Castellani el primer escritor argentino en denunciar con todo su caso y plantearlo al propio Videla en aquella famosa entrevista que él mismo testimoniara en *Crisis* 39. Allí Castellani, como lo hubiera hecho Haroldo, manda al diablo los problemas específicos (“la preocupación central de un escritor nunca pueden ser los libros”, afirmaría después) y se limita sólo a plantear el problema de Haroldo. Nexos de fondo. No ajenos a la impronta cristiana que campeaba en el espíritu de Haroldo. Cuando murió estaba escribiendo un cuento que narraba un gran asado en el cielo. Y ahí había colocado a los cumpas, a la izquierda del Señor, cada uno con un clavel rojo en el ojal.

12

Por eso también sus viajes. Su necesidad de contacto con los caminos, con la gente común, con el trabajo, con el país, con América. Su necesidad de sentirse más que escritor estrella, o escritor guía, o escritor mesías, o escritor de línea, simplemente, un intercambio, un comunicador de memorias, un correo de la identidad cultural y territorial, un buscador de la justicia desde lo que pensaba y sentía la gente. Y voy a Haroldo:

Y ahora me siento a escribir y en el mismo momento, a 600 kilómetros de aquí, mi amigo Livio Rocha se sienta en la puerta de su rancho, porque sus días son igualmente redondos, sólo que en otro sentido, y si el mar se lo permite son también precisos, a su manera, se sienta, como digo, en la puerta de su rancho, en la Punta del Diablo, al norte de Cabo Polonio, entre el faro de Polonio y el de Chuy, y mira el mar después de cabalgar un día sobre el lomo de su chalana, porque es tiempo de la zafra del tiburón, ese oscuro pez de invierno hecho a su imagen y semejanza, y se pregunta (es necesario que se pregunte para que yo siga vivo porque yo soy tan sólo su memoria), se pregunta, digo, qué hará el ñaco, es decir, yo, 600 kilómetros más abajo en el mismo atardecer. Y entonces yo me pregunto a mi vez qué es lo que hago realmente, o para decirlo de otra manera por qué escribo, que es lo que se pregunta todo el mundo cuando se le cruza por delante uno de nosotros, y entonces uno pone cara de atormentado, y dice que está en la Gran Cosa, la misión, y toda esa lata, pero yo sé que a mi amigo Livio Rocha no puedo decirle nada de eso porque él sí que está en la Gran Cosa, esto es, en la vida, y que yo hago lo que hago, si efectivamente es hacer algo, como una forma de contarme todas las vidas que no pude vivir, la de Livio, por ejemplo, que esta madrugada volverá al mar, de manera que se duerme y me olvida.

Y aquí me paro porque siento que no sé si a 600 kilómetros como Livio Rocha, o si en un lugar mucho más lejano, Haroldo me mira, se sonríe y me carga por estas pequeñas cosas que se me ocurre lucubrar a raíz de ese errante viaje de la aleta.

(*Las aletas del tiburón* fue publicado por primera vez, en mayo de 1984, en la revista *El Porteño*. Fue posteriormente incluido en *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, Punto Sur Editores, Buenos Aires, 1987. Su calidad de testimonio y reflexión, sumada al difícil acceso a las primeras ediciones, lleva ahora a incluirlo en este informe especial).

Aníbal Ford es Profesor de Literatura recibido en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la cual ejerce la docencia. Fue secretario de redacción de la revista *Crisis*. Es autor de los libros de ficción *Los diferentes ruidos del agua* y *Ramos generales*. Además, ha publicado ensayos e investigaciones como *Desde la orilla de la ciencia, Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis* y *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*. Realizó para UNICEF una investigación sobre adolescentes y medios de comunicación. Ediciones de Periodismo y Comunicación editó 30 años después, 1973: *las clases de Introducción a la literatura y otros textos de la época*. Actualmente está trabajando en un libro acerca del Faro del Fin del Mundo.